

ensuciarnos las manos, saliendo siempre limpios y bien parados de todas las situaciones, ya que cuando las luces se encienden y el proyector se apaga, nuestra transformación termina y volvemos a la familiaridad de nuestro mundo. Así lo vive Céline en *Journey to the End of the Night*:

Dreams rise in the darkness and catch fire from the mirage of moving light. What happens on the screen isn't quite real; it leaves open a vague cloudy space for the poor, for dreams and the death. Hurry hurry, cram yourself full of dreams to carry you through the life that's waiting for you outside, when you leave here, to help you last a few days more in that nightmare of things and people.<sup>(7)(c)</sup>

## [ DE COCTEAU A COBAIN ]

### Limpia almas

“Action purifies” escribe Oscar Wilde en *El retrato de Dorian Gray*. Si en efecto la acción purifica, entonces ¿por qué los personajes de Buñuel que actúan sobre sus deseos terminan enredados en situaciones tan poco puras, tan contaminadas?

La premisa de Wilde nos dice que las ideas y las palabras son tan sólo el prerequisite para poner los engranes en movimiento, pero que si éstas no son a final de cuentas apoyadas por acciones, su potencialidad queda suprimida y las cosas inmutadas, en otras palabras: sin acción no hay redención, “la acción purifica”.

Entendemos que desear y querer no es suficiente, hay que actuar. Ésta parece ser la medida que separa y traza la línea entre la trascendencia y la intrascendencia. Si la frase es correcta entonces es la acción –y no el deseo en potencia– lo que separa al puro del impuro, lo que separa lo memorable de lo insignificante.

Pero la acción puede manifestarse de dos maneras: se puede actuar sobre el deseo y así lograr la transformación, o se puede asumir un estado de *disponibilidad* para que las cosas actúen sobre uno y así lograr el cambio.

Un ejemplo de este segundo escenario lo encontramos en la famosa frase –casi legendaria– pronunciada por el mecenas del ballet ruso Sergei Diaghilev cuando Jean Cocteau le pregunta: “¿Qué puedo hacer por usted?”. A lo que Diaghilev simplemente responde: “Asombradme”. Luego, décadas más tarde, en Kurt

Cobain, quien pide: “Entretenedme”. Ambos están dispuestos a ser *movidos, tocados* por una vivencia intensa; posiblemente a ser cambiados, transformados a través de una experiencia catártica. Aunque aparentemente similares, la diferencia entre ambas demandas es de proporciones inmensas.

El primero, Diaghilev, quiere ser provocado, pide un “escándalo”, un espasmo que lo levante de su sueño; está dispuesto a prestar atención, a otorgar el beneficio de la duda a quien lo quiera asombrar. Y vaya que en efecto esto sucedió. El círculo de amigos de Cocteau: Picasso, Stravinsky, Satie, entre muchos otros, se encargaron de asombrar y escandalizar no sólo a Diaghilev, sino al mundo entero durante el siglo en el que vivieron. *Orfeo* (1950), la obra maestra cinematográfica de Cocteau, nos deja sin aliento justamente por eso: porque *asombra*.

Décadas más tarde, donde la posibilidad de una aniquilación planetaria durante la Guerra Fría fue una realidad escalofriante, donde un desequilibrio devastador y amenazante del medio ambiente se convierte en una nueva amenaza; después de incontables guerras y una arrasadora tecnología que no conoce límites ni frenos y que devora todo lo que se planta a su paso, después de la desilusión de miles de ideologías y sistemas políticos y sociales fracasados: pobreza, subdesarrollo, hambre, injusticia ..., todo esto deja a Cobain más escéptico que a Diaghilev.

A Cobain ya no hay nada que lo pueda asombrar, ya no está dispuesto a ofrecer ni a malgastar su tiempo en nuevas alternativas de escándalo: él y su generación conocen, han visto y lo han escuchado todo: de la Revolución Rusa a Disneylandia, de los nazis a los neonazis, de los dadaístas a los *hippies*, del subdesarrollo en El Salvador al hiperdesarrollo de Suecia, de las carreteras de asfalto que apenas y conectan pueblos remotos en países del tercer mundo a las hipercarreteras cibernéticas de información que conectan a las masas de poder adquisitivo; en otras palabras: “están curados de espanto”. Cobain y su generación están tan bombardeados de información, de promesas incumplidas, tragedias, excesos, ideologías fallidas y horror, que lo único que les queda es el desencanto.

Ésta es la generación que asiste al funeral del futuro: el futuro ha sido agotado. Todas las promesas y especulaciones que se hacían sobre él han sido desmentidas, todos los *cuando seamos* y *cuando lleguemos a* son ecos del pasado que reverberan en un presente que los niega y desenmascara; ahora ya *es*, y al futuro lo meten en un ataúd negro y lo bajan tres metros bajo tierra.

La arrolladora aparición de bienes culturales desechables, la globalización, los monopolios económicos y la reducción de sistemas filosóficos y políticos a esquemas que brillan por su falta de credibilidad y aplicación práctica para fines tangibles, son el testimonio de una modernidad traicionada a sí misma.

Esta generación de Cobain que camina ondeando la bandera del cinismo y la desesperanza ya no quiere ni puede ser “asombrada”, lo que quiere es el último recurso que sea capaz de curarlos de esa incredulidad en un mundo que los ha defraudado: “entretenerse”.

La religión, la filosofía o el amor ya no son capaces de curar las heridas que el tiempo ha dejado sobre la conciencia de la posmodernidad. La única cura contra su apatía es el entretenimiento, a expensas de todo y sobre todo, cueste lo que cueste; si lo demás ha fallado, entonces es el entretenimiento lo único que los puede salvar de las amargas entrañas de un universo que ha sido malgastado: más carreteras de información, más tecnología, nuevas drogas, más espectáculos, más dispositivos electrónicos, más televisión...

Pero, ¿qué sucede cuando ni aún este entretenimiento es capaz de sostener o dar significado a una vida? Sucede Kurt Cobain; sucede el desencanto y luego la muerte del deseo..., la nada.

Mencionábamos que la acción purificaba y que el hombre de virtud es el que apoyaba sus ideas y palabras con acciones. En el caso de Cobain la purificación terminó en la muerte; un caso de trágica honestidad.

Cobain predicaba desencanto y apatía, tenía una fuerte inclinación a la depresión y un gusto de igual medida por los narcóticos de alto calibre. En varias ocasiones de su arquitectura lírica y musical la conclusión era que la vida no valía la pena;

al sentirse honestamente perdido decide que la resolución tiene que ser clara y contundente: volarse la cabeza.

Curiosamente es éste el factor que lo distingue y cataloga como a un personaje de alto rigor en su generación: actuar sobre su deseo a pesar de que éste desembocara en la muerte.

Cobain es virtuoso en cuanto que agota las formas de su deseo, practica lo que predica a pesar de todo. Varios artistas de su generación afirman que no vale la pena vivir, Cobain es el único que se mata, el único que adopta los resultados de sus ideas hasta las últimas consecuencias. Su vida es tan dolorosa que hace lo que Wilde recomienda: actúa sobre su deseo y así se purifica.

Aquí podemos entrever una posible respuesta a la pregunta inicial: si todos estos personajes que actúan sobre su deseo terminan más sucios que puros, entonces ¿es posible creer que la pasividad, el control, la cabeza fría, el cálculo, sean todos móviles hacia un estado que desemboca en pureza; el camino a seguir para no terminar enlodado de los pies a la cabeza?

Pero tal propuesta catalogaría entonces al cine y a la obra de Buñuel como ejercicios de crítica moral, una crítica dirigida a sus personajes y no al *mundo* que los obliga a salir mal parados de esas situaciones. Si asumiéramos que el cálculo y la prudencia son características más finas y virtuosas que sus contrapartes –aquellas que nos llevan y obligan a sucumbir al deseo–, entonces sus películas serían fábulas con moralejas que dictarían: “No actúes, porque si actúas vas a terminar mal”, y éste definitivamente no es el caso.

Dejar de desear es la condición más terrible del hombre. El fin del deseo desemboca en el último principio: dejar de vivir. A diferencia del asceta, el suicida se encuentra ya sin anhelos de nada, ya no quiere *a priori*, tan sólo quiere renunciar a ser.

Comprendemos entonces que la frase *action purifies* es un decreto casi determinista: la realidad es que la idea de Wilde se refiere más a una *sentencia de necesidad* que a una *propuesta de acción*. Es una afirmación, no una posibilidad. Es decir, cuando el deseo se vuelve catártico, cuando el corazón arde de manera

tan intensa que parece hervir en sus propios jugos, cuando la obsesión por un querer cobra dimensiones tan colosales, es ahí, entonces, donde no existe otra alternativa más que la de actuar.

Entiendo así que la mitad de la frase que habla de “purificación” no se refiere al *resultado* de la acción –es decir, éste puede ser positivo o negativo, puede ser glorioso u horrendo, puede absolvernos o condenarnos–, sino a lo que seríamos, al estado deplorable al que nos reduciríamos, a aquello en lo que nos convertiríamos si no lo hiciéramos, si no actuáramos. Este limpiarse, o dejar de estar sucios, tiene que ver con la purificación que conseguimos en el instante de la acción –cualquiera que sea su desenlace–, el momento en el que nos hemos decidido a actuar sin vuelta atrás, momento mismo que niega el caos de la condición en la que terminaríamos si permaneciésemos estáticos. Cuando el alma explota, la purificación consiste en escucharla y actuar.

Esta extraña suerte de contorsión temporal en donde el resultado verdadero y sustancial de la acción se devela al tiempo justo en el que se emprende, es expuesto de la siguiente forma por Kierkegaard en *Temor y temblor*: “Si quien va a obrar pretende juzgarse antes a sí mismo por el resultado, no comenzará nunca. Si el resultado alcanzado podrá o no llenar de júbilo al mundo es algo que no sabe de antemano, pues no logrará tal conocimiento hasta que el acto haya sido consumado, y con todo, no será esto lo que le convertirá en héroe, sino el haber sido capaz de empezar”.<sup>(8)</sup>

La religión hindú encara con otra visión el acertijo deseo–acción–purificación:

Según la concepción tradicional, vigente desde las *upanisad*, la ignorancia de nuestra naturaleza espiritual es la causa del deseo, que nos lleva a actuar para satisfacerlo y provoca sufrimiento cuando esto no se logra. La acción es, pues, un eslabón esencial de la cadena de *samsara*, el ciclo del dolor. Por eso la mayor parte de los aspirantes a la liberación renunciaban a la acción y a sus obligaciones sociales y se convertían en ascetas

contemplativos. En la *Gita* se insiste en que lo que esclaviza no es la acción sino el apego a los frutos de la acción. [...] El *yoga* de la acción desinteresada (*karmayoga*) consiste en actuar sin deseo, renunciando de antemano a los frutos o resultados de las acciones.<sup>(9)</sup>

En este escenario, la acción daña, esclaviza; en la versión de Wilde actuar purifica. Nuestro compromiso con la acción –echar los dados, poner a girar la rueda– es lo que nos salva, sin que en realidad el desenlace tenga importancia en tanto que sea favorable o desfavorable para el individuo.

Los personajes de Buñuel no tienen más alternativa que la de actuar, pues de lo contrario arderían, se quemarían vivos en su deseo; aunque terminen desfigurados por haberlo hecho, esa deformidad no sería nada en comparación a lo que sufrirían si no actuaran sobre su deseo: resultarían en seres con un desfiguro multiplicado. Tienen que hacer lo que tienen que hacer y no hay ninguna otra alternativa, de lo contrario se generaría en ellos un estado de parálisis terminal que no permitiría ninguna posibilidad de redención.

Encuentro así que en los casos en los que la acción desemboca en un estado de contaminación, siempre existe la probabilidad de un espacio de salvación. El caso contrario, no actuar, elimina esta posibilidad; el estado del constante ignorar el deseo convulsivo suprime toda eventualidad de purificación y junto con ello cualquier real absolución. A esto se refiere Wilde con *la acción purifica*. Por más sucios que terminemos al actuar, ese resultado no es nada comparado a lo verdaderamente “mugrosos” que nos sentiríamos si no lo hiciéramos.

### Vértigo metafísico

Pero retrocedamos un poco, alejémonos de los personajes de Buñuel, hagamos campo para argumentar un punto menos drástico, el de individuos y situaciones menos extraordinarias.

Es ahora justo abogar por la posibilidad de que siempre existe un campo de reflexión en donde a final de cuentas podemos decidir y ser responsables de nuestras acciones; argumentar que existe un momento en el cual todavía hay espacio para apretar las riendas y decidir no sucumbir ante el deseo; un lugar en donde el hombre de cálculo y cabeza fría es siempre capaz de medir todas las consecuencias de cualquiera de sus actos, un tiempo en el que aquel gobernante omnipotente y colosal que es el deseo pueda subordinarse ante nuestro *libre albedrío*. Pero antes de esto habría que analizar esta misma idea desde su concepción religiosa y desde su punto de vista clásico.

La noción de *libre albedrío* se genera a partir de aceptar que Dios existe, de otra manera la concepción de semejante idea sería inútil. No tendríamos por qué asumir el concepto de la legitimidad de nuestra libertad de elección si no creyéramos que hay una autoridad superior que nos vigila y que determina todo de antemano; quien no cree en un poder supremo, no tiene por qué preocuparse por tales menesteres.

Este libre albedrío es una característica espiritual que contiene ambos lados del espectro de posibilidades, positivas y negativas. Es un arma de doble filo la cual tiene que ser vista como un regalo–sentencia. Es un regalo en tanto que Dios concede al hombre una cualidad espiritual que le permite actuar con libertad; niega la idea de una esclavitud física y espiritual ante lo divino. Es un obsequio en tanto que nos otorga capacidades igualmente divinas: la capacidad de crear y destruir, la de optar por el movimiento o por lo estático. A su vez es una sentencia, ya que ser el depositario de una libertad otorgada por fuentes divinas implica responsabilidades inmensas.

Lo difícil de digerir esta idea, la de que es una condena, radica en el hecho de caer en cuenta que somos nosotros, y no Dios, los responsables de nuestras vidas. En otras palabras: a Nazarín no lo olvida Dios, a Nazarín lo olvidan sus semejantes; el cura juega mal sus cartas y su condición trágica se crea a partir de estas decisiones, las suyas y las de sus semejantes, no las de Dios.

Los esclavos no edifican pirámides sagradas porque así les ordena Dios; lo hacen porque así lo pide el emperador, quien asume que así lo quiere Él, pero la realidad es que Dios nunca le llamó por teléfono para pedírselo personalmente y no sabemos si su intuición, construir pirámides, es correcta o no; nos tenemos que contentar con la idea de que el emperador “intuye” bien.

Es un juego muy complicado. Con el libre albedrío que Dios le otorga, el hombre tiene que asumir, o casi adivinar, qué es lo que Dios quiere para él, y luego qué es lo que desea que *se haga* para Él.

El problema es que los manuales de instrucciones son muchos; y vaya si hay volumen de dónde elegir –prácticamente todos los textos sagrados de todas las religiones y culturas desde tiempos ancestrales hasta las de hoy en día: desde la Biblia hasta la Dianética–.

Este sentimiento, el de entender que somos nosotros quienes nos gobernamos, puede ser descrito como *vértigo metafísico*. Caer en cuenta que los resultados de nuestras vidas dependen de las decisiones propias, comprender que tenemos la opción de actuar o quedarnos estáticos, entender que tenemos la libertad de intentar resolver el mundo, son todas estas nociones las que terminan por convertirse en una responsabilidad aterradora, en un peso espiritual insoportable. Nosotros, y nadie más, somos los responsables de la condición humana, la cual está definida a partir de nuestras acciones y decisiones.

Pensar que Dios es perverso porque el mal existe es apuntar dedos hacia otro lugar y querer dejar de asumir responsabilidades, es pensarnos de manera idiota inocentes, al creer y argumentar que no podemos ser culpables porque sencillamente no podemos elegir. Octavio Paz lo deja increíblemente claro en su libro *Hombres en su siglo*: “El hombre no es hombre: es un proyecto de hombre. Ese proyecto es elección: estamos condenados a escoger y nuestra pena se llama libertad”.<sup>(10)</sup>

La situación emocional de quien comprende las características de semejante rasgo espiritual –el libre albedrío– es análoga al de las naciones tras sus revoluciones o independencias. Todo

lo que salga bien o mal en el país una vez que los dictadores o conquistadores han sido expulsados es ya responsabilidad del nuevo gobierno y del ciudadano mismo; ya no existe una autoridad suprema que pueda ser culpada por las virtudes o defectos del sistema.

A esta nueva condición de autogobierno le siguen por lo general décadas de caos social, político y económico –tan sólo es necesario ver el resultado de la condición de la mayoría de las naciones africanas tras su independencia en el siglo pasado–; pero las naciones viven por siglos y son capaces de aprender de sus errores.

El hombre se ve atacado por un problema distinto: su vida es corta y sólo es una. Una vida para practicar y actuar sobre nuestras ideas, tan sólo una representación que nunca deja de sentirse como bosquejo. Esto significa que cometer errores serios puede generar condiciones irreversibles de desamparo y desesperanza. Una mala movida y quedamos desahuciados por siempre. Es aquí donde entra el *vértigo metafísico*: comprendemos, consciente o inconscientemente, que la vida es muy corta como para vivirla bajo las condiciones inadecuadas. Nuestro regalo se convierte en una sentencia: no queremos nuestra libertad porque no queremos las responsabilidades que conlleva, ni las consecuencias de posibles fracasos causados por nuestra propia ineptitud y no la de Dios; ni las culpas de los horrores que nuestras acciones puedan causar; queremos ser víctimas de una justicia incomprensible e inaccesible, preferimos infinitamente eso a sabernos victimarios de nosotros mismos. No estamos seguros de qué hacer con esa libertad y por eso nos espanta. El peso es mucho. El pintor expresionista Eduardo Cohen analiza esta idea en su libro *Hacia un arte existencial*:

No existe en este sentido, pues, gran diferencia entre quienes eligen la fe en una iglesia o religión institucionalizada y quienes transfieren la misma omnipotencia de Dios a la Fortuna. En ambas inclinaciones corre un mismo flujo irracional: la esperanza de una salvación no por los méritos y capacidades

propios, o por leyes causales, sino por la generosa y libre disposición de un poder benevolente.<sup>(11)</sup>

Es más cómodo y sencillo argumentar por el determinismo: no hay nada que podamos hacer para cambiar la condición humana ya que todo ha sido dictado de antemano: no podemos ser *culpables* si no somos *libres*. La vida cobra así un sentido impersonal, puesto que nada depende de nosotros, incluyéndonos a nosotros mismos.

Es el terror ante la tarea espiritual de asumirnos como seres libres lo que muchas veces nos inclina emocionalmente a explicar el mundo a partir de planes divinos inaccesibles.

### Manzanas por kilo

Como mencioné antes, una mala decisión o una jugada indebida nos pueden despojar de golpe de toda posibilidad de redención, nos pueden desahuciar. Y, ¿qué jugada más amarga y torpe, en lo que va de la historia de la humanidad, que la de Adán y Eva sucumbiendo a la tentación y actuando sobre el deseo prohibido?

En el centro de este suceso se encuentra uno de los pilares fundamentales de la visión cristiana: el concepto de todos los hombres nacidos pecadores a partir de perpetuar un “fiasco” histórico, de ser los protagonistas de un error de cálculo inmensurable.

Al comer el fruto del Árbol del Conocimiento, la pareja bíblica impidió que los planes ideales de Dios para el hombre y el mundo pudieran ser llevados a cabo hasta la eternidad. Fue una especie de interrupción imprevista en lo que hasta entonces había sido una función perfecta. A partir de entonces, a cada instante, prolongamos una constante intervención en el resultado ideal de los planes divinos.

Pero lo interesante de todo este embrollo bíblico no es la idea del pecado original y las consecuencias que éste conlleva; lo significativo es justo el libre albedrío: la noción de un Dios que le otorga al hombre la capacidad de alterar el orden de su creación.

Es difícil imaginar un gesto más conmovedor que el de un Dios que deposita semejante poder y confianza en los hombres que él mismo ha creado después de tan fino y arduo trabajo.

Es algo parecido al escenario de un padre que sale por la noche de la casa que ha terminado de construir con muchísimo esfuerzo y le muestra a su hijo cómo operar las llaves del gas y luego el encendedor, advirtiéndole que sería prudente no utilizarlos. Ésta es una confianza y un respeto tal hacia el hijo que pareciera que lo trata como a un adulto de idéntica conciencia, como a un igual. ¿Depositarse libre albedrío en los hombres y el Árbol del Conocimiento en el Paraíso es acaso el acto de un Dios justo, pero increíblemente inocente, o nada más que una broma cruel y de mal gusto?

### De vuelta al Pancho Villa pop

Entre Cocteau y Cobain hay un mundo de diferencia debido a que sus situaciones históricas son muy distintas: la generación de Cobain vive un *boom* tecnológico y comercial sin precedentes y éste genera deseo: a mayor tecnología y cantidades de producto, mayor apetito, a mayor cantidad de bienes adquiribles mayores potencialidades de posesión... pero ¿en dónde desemboca todo esto?

Esta necesidad de poseer y adquirir cualquier insumo que se ofrezca conduce a una realidad terrible; el exceso de posibilidades materiales y la facilidad con que algunas de ellas se adquieren terminan por generar un estado de desinterés profundo: el *no deseo*. Al tenerlo todo se termina por no querer nada: el exceso que termina en apatía.

Como se mencionó en párrafos anteriores: el hombre desea lo que no tiene o lo que le es prohibido. Al actuar sobre su deseo se purifica su condición anterior al resultado, es decir: su precondición se resuelve —el deseo antes de la manzana queda abolido ya que ha sido satisfecho y de la manzana tan sólo queda un hueso—, su poscondición, la transformación que sufre, puede ser positiva o negativa —en este caso la acción de resolver el deseo termina

en el destierro del paraíso, en la caída—. Pero aquí es donde nos tenemos que hacer una pregunta crucial que es anterior a todo esto: ¿por qué desear lo prohibido?

Los deseos prohibidos pueden ser en muchas ocasiones leídos o interpretados como inconformidades; una especie de reproche a la situación individual o colectiva que en algún momento dado se vive.

Se puede notar en algunos casos de movimientos de contracultura —sobre todo entre la gente joven— que las ideologías parecen nacer y afirmarse a partir de la negación de sus opuestos. Es decir: el grupo inconforme se aferra a una sustancia que en sí es amorfa y carente de contenido; esta sustancia adquiere identidad al ser construida desde un molde directamente desigual y contrario al molde del grupo opositor. Sus fórmulas sólo existen en sentido directamente contrario a las formas que se combaten, no existen necesariamente *a priori*, no saben qué son ni qué quieren ser, sólo saben que quieren ser justa y estrictamente lo que el otro no es; ser el contrario, encarnar lo prohibido.

Al leer el maravilloso libro de Ruth Brandon, *Surreal Lives*, nos damos cuenta que este fenómeno lo podemos ver en el dadaísmo, en donde incluso la negación del movimiento mismo era menester. Los dadaístas creaban para escandalizar, negar y protestar: los performances, la demolición de la barrera que dividía poesía y pintura, artista y público. El arte dadá en general no buscaba conclusiones, no tenía dirección ni propósito; era anti-arte sin ton ni son para causar *shock* y negar todas las concepciones tradicionales de lo que el arte era.

Así lo resume Camus al referirse a los *dandys* en el ensayo *The Rebel*:

The dandy is, by occupation, always in opposition. He can only exist by defiance. [...] But an actor implies a public; the dandy can only play a part by setting himself up in opposition. He can only be sure of his own existence by finding it in the expression of others' faces. Other people are his mirror [...], he compels others to create him, while denying their values. <sup>(12)</sup> (d)

Es decir, esta ideología de revuelta existe en tanto que haya algo que negar y es, en sentido directamente proporcional, el contrario del supuesto que se quiere combatir. La identidad no se forja de una premisa original, sino que adquiere forma desde el otro lado del espectro, en el búnker donde se desdeña al contrario; estos atrincherados asumirán tantas formas como su enemigo lo haga.

El deseo individual prohibido puede poseer tantas y tan diversas formas y objetivos como hombres existan, en cambio el deseo prohibido de grupos por lo general radica en anhelar lo que la tradición moral, espiritual, artística o política califica de anormal, indeseable o inaceptable; ese querer ser lo que la colectividad no les permite ser. Nada más claro en este sentido que la crisis de identidad que sufre Cobain cuando su música se convierte en “popular” y deja de ser “alternativa”.

En su etapa inicial, la música de Cobain contiene intrínsecamente todas las cualidades de este modelo. Es una respuesta contracultural a las normas rígidas de una industria musical deshumanizada, es un movimiento de revolución artística que se desborda sobre el sistema político y económico de la industria disquera y también sobre las formas del producto artístico que se ofrece al público: una bofetada a esta catedral del pop ochentero, en su mayoría prefabricado y manufacturado en serie.

Cobain es lo que los otros no son, su identidad cobra sentido en ese universo musical en tanto que encarna lo indebido, su personalidad se afirma a partir de negar a su opuesto: esta rebeldía lo absuelve.

Pero para la sorpresa de todo el público, de los empresarios musicales y sobre todo para la de él, su música da un giro de 180 grados ante las masas y ocurre el fenómeno que aquí nos interesa: su obra se vuelve popular, a pesar de él. La contracultura se convierte en cultura, el opuesto resuelve en supuesto, lo prohibido en accesible. Esto conduce a Cobain a una crisis de identidad.

Sus ideales ahora carecen de valor ya que no son peligrosos, se han convertido en “aceptables”, han dejado de ser controversiales

puesto que ahora no retan a ningún sistema sino que son el sistema mismo, su revolución se ha convertido en institución, en *establishment*: esa música que pretendía ser de “izquierda” –digamos que Backstreet Boys fueran los responsables de haber creado música de “derecha”– ha triunfado; pasa de ser un movimiento *underground* a convertirse en una institución respetable. Nirvana ya no otorga a su público el estatus de rebeldes inconformes, su público conforma ahora el “estatus”.

En repetidas ocasiones hemos comprobado a través de la historia que una vez que las revoluciones sociales han triunfado, generalmente sus líderes se convierten en los nuevos dictadores de un estado casi siempre policíaco, represivo y de mayor rigor y violencia que el de sus antecesores. Todos estos líderes rebeldes se vuelven autoridades que aplastan con mano de hierro cualquier brote o posibilidad de nueva rebeldía. Estos líderes han concretizado lo prohibido –han alcanzado el poder negado–, han conseguido el objeto de su deseo y su resultado radica en prolongar el estatus de su nueva condición y su hegemonía. Pero el caso de la revolución artística es distinto, sobre todo el de Cobain, en donde el contenido de las propuestas estéticas no tiene como fin último el de adquirir poder, sino el de sencillamente expresarse y definirse a partir de no ser lo que la estética puritana y la convencionalidad artística son: *retar* por siempre y a pesar de todo. Su deseo no persigue un resultado práctico, tan sólo pretende cobrar sentido en virtud de su creatividad.

Es un fenómeno curioso: cuando el *underground*, es decir, la estética que conforma la antítesis del arte puritano y tradicional, logra *brincar al otro lado* y se convierte en una expresión admirada por el *establishment*, éste a veces parece dejar de cobrar valor y sentido para sus creadores y su fiel público. Breton estaba escandalizado e indignado con Buñuel cuando *Un perro andaluz* comenzó a cobrar éxito y aceptación comercial después de llevar 4 meses exhibida en el cine Studio 28 en París.

Pareciese ser que la única regla que debería regir al arte contestatario es la de nunca ser aceptado por las masas, lo cual es

contradictorio, ya que este grupo de *iniciados*, que supuestamente tiene derecho a valorar las virtudes de la propuesta estética, se convierte de alguna manera en una especie de junta militar que dicta quién sí y quién no tiene derecho de entrada a este club de exclusividad, tornándose así estos en *snobs* de mayor envergadura que los *snobs* a los cuales desdeñan; el trabajo que es aceptado por la sociedad es desechado por este grupo de “entendidos”, los cuales terminan por conformar un grupo de menor tolerancia que los supuestos intolerantes a quienes combaten. Son antifascistas que utilizan medios fascistas en sus apreciaciones.

Ésta es una posición altanera e hipócrita por parte de quienes se desilusionan del trabajo de un artista una vez que éste es aceptado por las masas y cobra popularidad. A su vez, el artista que siente que su trabajo deja de cobrar sentido y deja de ser valioso una vez que es *aprobado*, es un artista increíblemente engreído y a su vez inseguro, ya que antepone sus concepciones filosóficas e intelectuales a las de su propuesta estética. Estos artistas deberían de escribir panfletos en vez de crear arte.

La obra artística es un ente aparte de su creador, la cual cobrará vida e irá por caminos a donde la sensibilidad de las masas la lleve, sin importar en realidad qué tan vanguardista, moderna, accesible o contestataria sea.

Jactarse de que su obra es incomprendida y que no goza de la aceptación del *hombre común* es poner *todo* el valor de la obra justamente en manos de la misma gente a la que se desdeña, ponerla en manos de este *hombre común*. El artista se convierte así en una marioneta de su público y se valora a sí mismo a través de un fenómeno que no está en sus manos ni puede controlar: ser popular o no.

Esto mismo sucede con quien admira al artista y luego lo condena, casi crucifica, por lograr valor comercial, fama. Estos fans se ensalzan, se autoveneran, al criticar, negar y dejar de seguir al artista que tanto amaban simplemente porque ya no forma parte de este mismo club selecto que afirmaba comprender la esencia de la obra, quienes reclaman un derecho imaginario a

ésta, la cual estúpidamente desdeñan simplemente por ser aceptada y dejar de ser anticonvencional. Cuando la contracultura se vuelve cultura, sólo los idiotas la desvalorizan.

Sucede que esta revuelta, este rechazo de la tradición, el arte que transgrede y que provoca, logra tocar inexplicablemente un nervio en las masas; cuando la *mayoría* acoge estas propuestas, su esencia no muta ni cambia; siguen siendo lo que eran al principio y de ninguna manera pierden su valor.

Los Sex Pistols transgreden, los Rolling Stones transgreden, Bob Dylan, The Doors, Dizzy Gillespie, South Park, Family Guy, David Lynch, Godard, Pollock, Orozco, Henry Miller, Philip Roth; todos estos artistas son rebeldes, provocadores, críticos de los valores sociales y de la élite, y sin embargo son increíblemente populares.

Un muy claro ejemplo de este fenómeno es la carrera del grupo Green Day, quienes al pasar de una disquera *indie* a firmar con un *major label*, perdieron la aceptación de miles de fans, ya que estos repudiaron su decisión al considerar que se habían *vendido* y así traicionado descaradamente los grandes valores e ideales del punk.

Atinadamente, el bajista Drint expresa en una entrevista a *Rolling Stone* que el *venderse* sería justamente lo contrario: tener una carrera que no los llevaría a ningún lado y así tener que renunciar a su arte para servir hamburguesas y ganarse la vida. Su álbum *Dookie* hizo que perdieran miles de fans, pero que ganaran millones.

Es verdad que en su gran mayoría, el arte popular es desechable y mueve a masas, no las provoca, no las reta, no las rechaza; éste es el fenómeno que hace que los artistas *underground* que se rebelan contra el *establishment* y logran popularidad sean castrados y desechados por sus seguidores iniciales. Pero estos no saben distinguir entre una cosa y otra; entre la propuesta transgresora que cobra popularidad y la popularidad masiva que se genera a través de producir clichés artísticos. Elliott Smith, Sparklehorse, Tindersticks y The Divine Comedy seguirían siendo ellos mismos en esencia y su propuesta musical no perdería ni un ápice de

valor si es que por milagro algún día se volvieran populares –cosa que dudo suceda–.

Pero entonces quedamos pasmados: el trabajo de Cobain logra resultados espectaculares: se consigue una evidente mejora en las políticas de la industria musical y se abre una pequeña brecha en lo que hasta entonces parecía ser la impenetrable coraza que cubría a las compañías disqueras; el espíritu de música independiente gana un impulso de apertura nunca antes visto desde finales de la década de los setenta. Se da un fuerte golpe a las cinco o seis compañías que monopolizan la industria, esos gigantes, monstruos amorfos que controlan el mercado a todas sus largas y anchas sin “deberla ni temerla”, a esos dictadores que son los responsables –tanto para público como para artistas– de darle forma a las políticas de la música que se escuche, nos guste o no.

Cobain y su disco *Nevermind* hacen lo inimaginable: comienzan a doblar al dictador, causan una conmoción en la industria del disco que logra agitar sus pilares. Son una revolución que provoca cambios reales y tangibles en la organización de la comunidad artística. Los grupos de *garage* entienden que ya no están sentenciados a vivir bajo el yugo de la industria o a morir en el anonimato; ahora tienen otras alternativas, una nueva independencia: se abre el paraíso redentor de los sellos discográficos independientes.

Y, ¿qué ocurre con ese Pancho Villa de la industria musical: qué pasa con Cobain? Sucede que se da la respuesta al deseo: la de que éste no tiene solución.

El desencanto de Cobain crece una vez que su trabajo ha logrado modificar el sistema ya que se ha convertido en uno nuevo; tal situación de fama no lo absuelve; ahora que los resultados han sido concretizados, su deseo se desvanece y busca convertirse en otra cosa: la nada. El deseo parece no resolverse, éste simplemente muta o se prolonga, o se convierte, como en el caso de Cobain, en el opuesto del anhelo original: desear no haber deseado.

El deseo es un ente que siempre cobrará vida en tanto que existan potencialidades –emocionales, físicas o espirituales– que

se nos nieguen, que se nos escapen a cada instante. Es probablemente Luis Cernuda quien tiene la última palabra poética en cuanto a esto se refiere:

Porque ignoraba que el deseo es una pregunta  
Cuya respuesta no existe,  
Una hoja cuya rama no existe,  
Un mundo cuyo cielo no existe. <sup>(13)</sup>

[ CRASH ]

### Origen del deseo

Como se ha mencionado en capítulos anteriores, uno de los rasgos primordiales del hombre es el de ser un animal que desea: ¿pero dónde se origina este deseo, cuándo nace, cuál es su estigma?

El deseo puede ser examinado desde puntos de vista psicológicos, filosóficos, culturales, físicos, biológicos y sociológicos, pero si analizamos sus raíces religiosas podemos decir que el deseo es una especie de saldo en el gran inventario de la cultura judeocristiana.

Para emprender semejante empresa sería prudente comenzar por el principio y volver a abordar el tema del *Génesis*; en él, el primer deseo es resuelto a partir de una acción: una mujer come una manzana. Bíblicamente comprendemos que fueron Eva, y luego Adán, los primeros humanos en resolver un conflicto de deseo al perpetuar un acto prohibido. Los resultados de semejante acción son de por sí ya bien conocidos; el rabino cabalista Berg explica en su libro *Inmortalidad* que originalmente la conciencia existía separada de un cuerpo físico, de tal forma el mal –o Satán– se veía imposibilitado de influenciar a estos focos de luz etéreos al no poder conectar con esta conciencia pura y así corromperla. Al materializarse el plano físico, Satán es capaz de asirse a nuestras conciencias a través de nuestros cuerpos. De esta forma, la victoria o derrota del mal sobre la humanidad quedaba en manos de Eva y Adán y la doctrina de libre albedrío.